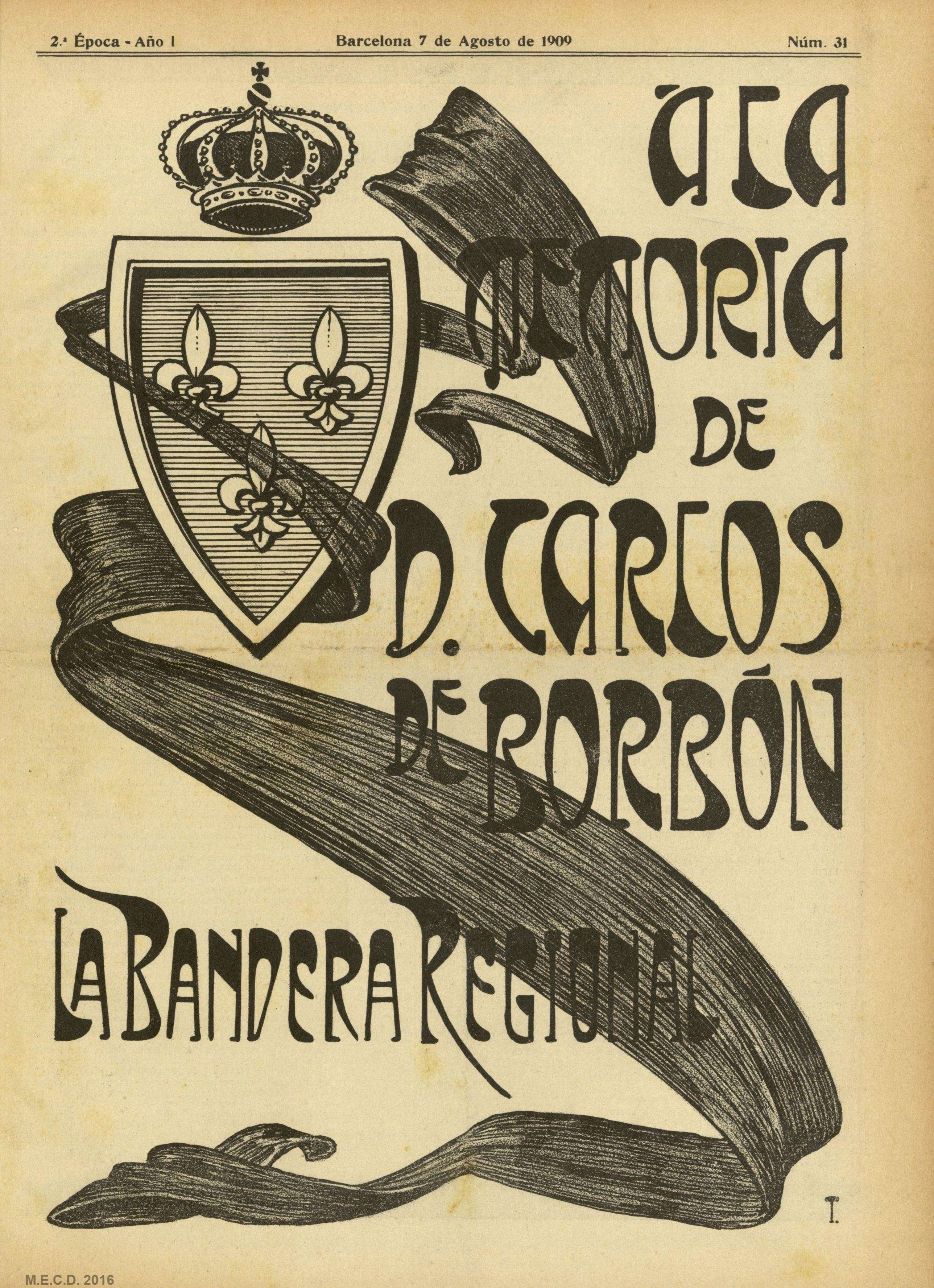
2.ª Época - Año I Barcelona 7 de Agosto de 1909 Núm. 31



M.E.C.D. 2016

SEMANA DE HORRORES

Nuestros lectores quisieran saber lo acaecido en Barcelona desde el 26 al 31 de julio último. Pero más ganas tenemos nosotros de explicárselo, y lo haríamos si nos fuese permitido hablar con la claridad y exactitud necesarias. No es posible. Día vendrá en que podamos.

Juramento.

Arrodillados ante el Dios de las Misericordias, puesta una mano sobre el corazón donde, por la gracia divina, palpita la Fe en Cristo Nuestro Señor, y con la otra extendida sobre la tumba en donde reposa el cadáver del augusto Carlos VII, juramos luchar por la Bandera santa de las patrias tradiciones y vivir y morir defendiendo la Cruz sagrada que Don Carlos puso, más que encima de su corona, encima de su magnánimo corazón.

LA REDACCIÓN

Tras el dolor la esperanza

Vivimos en febril excitación de ánimos, como la que precede á las grandes crisis del espíritu. La muerte del que fué Caudillo de las huestes tradicionalistas ha enlutado nuestras almas; la aparición de su hijo empuñando la Bandera de nuestros amores la engalana con hermosas esperanzas.

Con que Jaime III emule los méritos de Carlos VII en los días de su bizarra juventud, cuando fué á un tiempo mismo legislador y Caudillo de un pueblo, tiene bastante la causa tradicionalista para adquirir irresistibles bríos.

¿Sucederá así? No puede ocurrir de otro modo. La juventud de D. Jaime, sus hechos gloriosos de guerra, su ilustración y actividad infatigable son para nosotros garantía de certidumbre para lo que esperamos de nuestro joven Soberano.

Don Carlos ha pasado á la Historia, en cuyas páginas ocupará lugar preferente entre todos los hombres que florecieron en el último tercio del siglo XIX.

Por mucho que trabaje el sectarismo para empequeñecer su figura (y no dejará de hacerlo), no podrá borrar la impresión inmensa que su muerte produjo en el mundo, ni las muestras de afecto y respeto que ha merecido su memoria de los labios de emperadores y reyes, algunos de los cuales son adversarios del catolicismo, de quien era Don Carlos hijo sumiso y soldado caballeroso.

Estas solas circunstancias, aparte de otras muchas que podríamos enumerar, demuestran evidentemente que el Duque de Madrid fué una personalidad excepcional, que las testas coronadas de Europa le consideraban como á igual y que sus actos militares y políticos eran dignos de un gran estadista y de un esforzado guerrero.

Con estos caracteres, que á su muerte han visto en él los poderosos de Europa, pasará á la Historia á despecho de los odios y prejuicios de las sectas. Por esto hemos escrito antes estas palabras:

Con que Jaime III emule los méritos de Carlos VII en los días de su bizarra juventud, cuando fué á un tiempo mismo legislador y Caudillo de su pueblo, tiene bastante la Causa tradicionalista para adquirir irresistibles bríos.

Después, Dios dirá.

Don Carlos de Borbón y Austria de Este.

Don Carlos de Borbón, el egregio Caudillo que la muerte acaba de arrebatarnos, y á quien los partidarios del Derecho considerábamos como indiscutible Jefe, era hijo primogénito de D. Juan y de la Archiduquesa Doña Beatriz de Este y nieto de Carlos V, cuyos derechos defendieron sus numerosos partidarios durante la guerra de los siete años, que terminó con la traición de Vergara.

Su padre, D. Juan, abdicó en él sus derechos el día 3 de Octubre de 1868, y desde entonces apareció el joven Príncipe al frente de la mayoría de españoles que le reconocieron como Rey...

Don Carlos nació en una posada de Laibach. Su santa madre se dirigía á Viena con su esposo D. Juan, y, sorprendida en el camino, dió á luz á su primer hijo en la madrugada del 30 de Marzo de 1848.

Su augusta madre, según dice un historiador, no tuvo siquiera en qué envolverle, á causa de la persecución que sufría la egregia familia.

Educado D. Carlos, desde el primer momento, por la piedad de su madre, ángel tutelar de la familia que más ha sufrido de la revolución en España y hasta en Italia, desde muy temprano se distinguió por su amor á la patria perdida, por la energía de carácter, que debía ir formando en él la inquebrantable fuerza de voluntad que es hoy una de sus más admirables cualidades.

Todos cuantos fueron testigos de la infancia de tan noble Príncipe están contestes en declarar que el primer sentimiento de su corazón ha sido el amor á España.

El primer idioma que habló fué el español y desde entonces, aunque poseía el francés, el inglés, el alemán, el ruso y el italiano, su idioma predilecto fué el español.

Nosotros, que hemos estado en Venecia dos veces y hablamos con él horas y horas, podemos decir que la lengua española la dominaba por completo, como por sus documentos han podido apreciarlo todos los españoles.

Muy niño era aún, y, dominado por esa incesante curiosidad que se apodera en la infancia de los que están llamados á dejar huellas luminosas á su paso por el mundo, asediaba á preguntas á su madre, á su abuela, á sus tíos, á los españoles leales que permanecían al servicio de la familia proscripta, y todas ellas se dirigían á saber cosas de su amada España.

— ¿Por qué no vamos allá? — preguntaba á menudo.

— Porque no podemos — le contestaban.

Y esta idea, esta negación, era su pesadilla; pero ella engendró en su alma ese denuedo, ese amor á la Justicia, esa noble ambición de recuperar sus derechos, conculcados por el espíritu de todas las revoluciones.

Puede decirse que D. Carlos ha vivido sólo por España: estudiando su historia, observando sus cosas y sus conflictos, buscando solución á sus problemas y á sus necesidades, llorando con ella sus infortunios y sus desgracias.

Durante su estancia en Praga se encargó de su educación un virtuoso sacerdote español. Hablando este eclesiástico de su amado discípulo dijo un día:

— Una de sus mayores satisfacciones era oirme hablar de España. Su viva imaginación volaba de idea en idea; preguntábame sobre las costumbres, sobre las ciudades, sobre los templos, sobre los paseos del país que tanto amaba; y en cuanto á las noticias históricas, no necesitaba repetírselas para que quedasen grabadas en su mente. Y cuando yo le hablaba de Guzmán el Bueno sacrificando á su hijo en aras de la Religión y de la Patria; cuando le contaba las proezas del Cid Campeador; cuando le encarecía los talentos de D. Alfonso el Sabio; cuando le pintaba el noble esfuerzo de Pelayo y le describía la sublime cueva de Covadonga; cuando le encarecía los actos de Justicia de Pedro I; cuando le presentaba á los Reyes Católicos concluyendo con el islamismo y amparando á Colón; á Carlos I venciendo al rey de Francia en Pavía; á Don Juan de Austria en Lepanto; á Felipe II viéndose retratado en El Escorial; á Felipe IV rodeado de poetas y pintores... ¡ah! entonces sus ojos brillaban, sus mejillas se encendían y, poseído de un entusiasmo que le hacía presentir la gloria: «¡Qué hermoso es ser español!», exclamaba; y para desahogar su emoción, con religioso respeto besaba mi mano y me rogaba que prosiguiese hablándole de su adorada patria...

El Príncipe-niño que diariamente recibía estas impresiones no tardó en ser el ídolo de los tradicionalistas españoles.

En 1864 reunió la Providencia en Venecia á D. Carlos y á Doña Margarita, hija de los Duques reinantes de Parma. Perseguida también por la desgracia, dotada de las prendas que podían hacerla digna esposa del Príncipe llamado á grandes empresas, no tardaron sus almas en identificarse.

El día 4 de Febrero de 1867 recibieron la bendición nupcial y, en compañía de Doña Beatriz, se dirigieron al castillo de Ebeuzweyer.

Desde aquel momento los dos esposos pensaron gravemente en la felicidad de España.

Viendo D. Carlos que las luchas de los partidos minaban sordamente el trono de doña Isabel y no dudando que la debilidad de esta señora ocasionaría su ruina, después de maduro examen creyó llegado el momento de reunir á sus parciales y preparar los sucesos que realizasen el triunfo de su Causa.

Ya en Londres le habían ofrecido los revolucionarios el Trono si aceptaba la libertad de cultos y el espíritu del liberalismo en la Constitución; pero D. Carlos rechazó aquella proposición con toda la energía de que era capaz.

Apenas hubo triunfado la revolución, abdicó en él sus derechos su padre, D. Juan de Borbón, y por iniciativa del joven y valeroso Príncipe se organizó convenientemente el partido carlista. Y desde entonces pública y notoria es la vida política de Don Carlos.

A medida que fueron conociéndose sus privilegiadas cualidades se aumentó el número de sus partidarios.

Como militar y como político dió Don Carlos muestras que le elevan á la altura de los Príncipes más admirables de la historia. Y á estas cualidades públicas, reconocidas por todos los grandes hombres de Estado europeos, reunía virtudes privadas que le honran sobremanera, pese á los contradictores que en estos últimos tiempos han querido manchar con su aliento sectario su honor y su honra bien sentados.

Desde Vevey dirige personalmente la marcha de los negocios; y rodeado de hombres eminentes, busca la mejor organización de los servicios; y queriendo evitar los horrores naturales de la guerra, espera que la impotencia de la revolución le abra las puertas de la patria.

Doña Margarita, su adorable esposa, al mismo tiempo que labra su felicidad y la de todos los que la rodean, medita los medios de ofrecer dulcísimos consuelos á los que sufren y estudia los proyectos benéficos que se propone llevar á cabo con la energía y amor de madre.

Don Carlos, después de notificar á los Soberanos de Europa la renuncia en él de su padre, dirigió por primera vez la palabra á los españoles, en forma de carta á su hermano el Infante D. Alfonso, el 30 de Junio de 1869, protestando luego desde Vevey de la elevación al trono de D. Amadeo de Saboya.

Bajo la denominación de Carlos VII entró en España por Vera el 2 de Mayo de 1872, dirigiendo su voz á la Nación y al Ejército. Volvió á entrar por Zugarramurdi el 16 de Julio de 1873, asumiendo en persona el mando del Ejército del Norte, á cuyo frente libró, entre otras muchas, las batallas de Allo, Dicastillo, Montejurra, Somorrostro, Lácar y Mendizorrotz, y dirigió los sitios de Bilbao, Guetaria é Irún, y la toma de Estella, de Ibero, de Las Campanas, de Viana, de Portugalete. de Las Arenas y del Desierto.

Juró los fueros de Vizcaya, so el Arbol de Guernica, el 3 de Julio de 1875, y los de Guipúzcoa, en Villafranca, el 8 del mismo mes y año.

Dió un Código provisional, administró justicia, acuñó moneda y ejerció todas las funciones soberanas hasta que, agotados los medios y abrumado por el número de los enemigos y por la complicidad del extranjero, entró en Francia por el puente de Arnegui el 28 de Febrero de 1876, al frente de la división castellana completa y de otras fuerzas, después de cuatro años de guerra. El 1.º de Marzo del mismo año protestó desde Pau, manteniendo y afirmando todos sus derechos.

Expulsado inmediatamente de Francia, visitó los Estados Unidos y Méjico, y después de verificar un viaje circular por toda Europa, siguió las operaciones de la guerra de Oriente, asistiendo á la toma de Nicópolis y á las tres batallas de Plewna, siendo felicitado por el zar Alejandro II y condecorado por el príncipe Carlos de Rumania.

De regreso en París, fué expulsado nuevamente de Francia en Julio de 1881, trasladándose primero á Londres y después á Venecia. Recorrió en diferentes viajes casi todas las regiones del globo, principalmente el Africa septentrional y Occidental, las Indias y Sud América, completando así su visita á los antiguos dominios españoles.

A la muerte de su primo D. Alfonso protestó desde Lucerna el 20 de Mayo de 1886, contra la proclamación del actual D. Alfonso, hijo póstumo de aquél. Por fallecimiento de su augusto padre D. Juan recayó en él,

M.E.C.D. 2016

como primogénito, la jefatura de la Casa de Borbón, y reservó, en 14 de Diciembre de 1887, los derechos de su familia al Trono de Francia, declarando que personalmente se conservaba para España, si bien no hacía ninguna renuncia.

Doña Margarita falleció en 1892; y en Abril de 1894, en la capilla del Cardenal Schoenborn, en Praga, Don Carlos contrajo segundas nupcias con Doña María Berta de Rohan.

Protestó, posteriormente, en carta dirigida al Conde de París, contra la apropiación indebida hecha por éste de las armas francas de los Borbones, recordándole que la rama de Orleans no podía usarlas sin su brisura, y que sólo él, el Duque de Madrid, como primogénito, podía usar el blasón pleno, emblema de sus derechos.

Este es el gran Caudillo que acaba de bajar á la tumba en Varese. Depositemos sobre ella la flor olorosa de nuestras oraciones y que su alma interceda junto al Trono del Altísimo por el triunfo de su hijo Don Jaime, para bien de la Religión y de la Patria.

R.

A DON CARLOS

R... insigne: Por más que la fuerza
cruel te impuso un fatal ostracismo,
es bien cierto que aun arde el mismo
entusiasmo que ayer te admiró.
Tú quisiste salvar á la patria
hoy maltrecha y sin gloria y perdida;
¡si expuso por ella la vida
quien jamás á la muerte temió!

Bravo nieto de reyes que fueron
poderosos señores del mundo;
hoy sentimos un pesar profundo
y se anega en dolor nuestro sér.
En Tí vimos el faro esplendente
en la noche por que atravesamos
y en tu genio la suerte fiamos
de este pueblo que va á perecer.

No tememos la hueste enemiga,
despreciamos la hueste traidora;
pero vino la muerte en mal hora,
descargando el rigor de su ley.
Mas la vida daremos gustosos
por la Causa de Tí tan amada;
aun nos dejas la enseña sagrada:
¡la Bandera de Dios, Patria y Rey!

D. C.

JAIME III

En nuestra genealogía esta es la denominación que corresponde á D. Jaime.

No existiendo Jaimes en la Corona de Castilla, ni en la Monarquía unificada desde los Reyes Católicos, tiene que considerar como sus antecesores á los Jaimes de la gloriosa Monarquía federada catalana-aragonesa: D. Jaime el Conquistador y D. Jaime el Justiciero.

Cuando se trató de imponerle el nombre en la pila bautismal, Aparisi pronunció un hermoso discurso ante D. Carlos y muchos carlistas reunidos en el extranjero proponiendo que el nombre fuese el de Jaime, precisamente como recuerdo del Conquistador y para satisfacer los deseos de aquellas Monarquías que, unidas á la castellana, realizaron la epopeya de la Reconquista y han sido con la de Navarra baluarte de las libertades forales.

Aparisi dijo entonces que tenía el presentimiento de que Jaime III (él fué quien primero lo designó así) tenía una misión más grande que la del Conquistador y que esperaba que le emulase.

¡Dios quiera que esta profecía del gran Aparisi se cumpla como se cumplieron otras que le dieron justa fama de vidente!

El Príncipe cristiano ¡ha muerto!

Ha muerto para vivir eternamente el que en vida se murió á sí mismo para gozar perpetuamente del Autor de la vida; ha muerto asido á la Cruz el que en vida la llevó grabada en su corazón y la como consustanció con su inteligencia y todo su ser y valer; ha muerto abrazado á la santa é inmaculada Bandera de las tradiciones y sanas libertades patrias, verdadera guardia civil de la Iglesia, el que á la pureza y triunfo de aquélla consagró todos los instantes de su vida, todos los actos de su inteligencia y todos los impulsos de su levantado corazón.

La corona del cielo no la arrebata sino aquél que batalla con intrepidez. dice el Evangelio. Con tanta mayor seguridad se posesiona de ella cuanto con mayor entusiasmo lucha, dice la lógica, en perfecta armonía con la fe. Tanto más excelsa será la corona que ciña la sien de los justos cuanto más rudas batallas, cuanto más aflicciones, cuanto más sacrificios, cuanto más sinsabores se haya acarreado el justo en estas lides, nos aseguran las dos gemelas. Solamente fijándonos y meditando estos sanos é incontrovertibles principios podremos dulcemente hacernos cargo de cuál haya sido la suerte con que haya tropezado nuestro tiernamente amado Augusto Camdillo al trasponer las fronteras de este valle de infortunios.

Considerando estas verdades es por qué podemos dirigirnos á nuestro Señor difunto diciéndole: No temas, Carlos, hijo de cien reyes, la presencia del divino Juez, porque es al propio tiempo aquel infalible Maestro que dirigió á todos los hombres aquellas para tí consoladoras palabras: «El que me confiese ante los hombres, le confesaré Yo ante mi Padre celestial.» No temas, antes al contrario, alégrese tu alma: tú le has confesado, cuando todos los reyes le han negado; le has confesado con tu corona; le has confesado con tu sangre; le has confesado con tus riquezas; le has confesado con tu pluma; le has confesado con tu vida, profundamente cristiana; le has confesado con tu rendido homenaje á su Vicario, el Sumo Pontífice; le has confesado siendo humilde hijo y denodado defensor de su Esposa mística, la Iglesia santa; le has confesado cuando tantos Judas le vendieron, cuando tantos sayones han destrozado su túnica, cuando los más altos magnates procuraban sólo hartarse y divertirse...

No, no temas, Carlos. No hiciste tú, como hicieron y hacen otros Príncipes que pretenden servir á Dios y á la *Mammonæ;* á la Iglesia y á su tirano el liberalismo; que reciben á los enviados de Dios y á los emisarios de las Logias; que pretenden servir á Cristo y á Satanás. No, no tuviste tú dos conciencias: una, como hombre público, opresora de la Iglesia, y otra, como hombre privado, hipócritamente cristiana, y, por lo mismo, no te acaecerá lo que, por vanidad humana, sucede desgraciadamente á otros: que la conciencia pública, en virtud de la ley de la gravedad moral, lleve consigo al infierno á la conciencia privada; quisiste tener una sola conciencia, conciencia amiga de la Cruz, y esta conciencia llevará al cielo á Carlos y al R...

No, no temas, Carlos, en tu tránsito á la eternidad. Como Cristo, has sido aborrecido por los impíos y aborrecido por su nombre; como Cristo, has sido perseguido, teniendo que huir de una ciudad á otra, de España á Francia, de Francia á Italia, y por su nombre; como al Padre de familias, te han llamado los Escribas y Fariseos modernos Belcebú, y por su nombre. Si tú has sufrido la suerte de tu Maestro, ¿es posible que dejes de gozar de su gloria? ¡Ah! ¡cuántos Príncipes quisieran para sí en ese trance supremo haber tenido, como tú, una sola conciencia, pero enteramente rendida á los pies de la Iglesia, como lo estuvo siempre la tuya!

No, no temas, Carlos, porque escrito está en el libro de la Vida con caracteres eternos é imperecederos que cuando la Iglesia gemía bajo el yugo de la Revolución, tú, con tu sangre, rompiste sus bárbaras cadenas; que cuando los templos eran execrados y prostituídos, las Vírgenes del Señor violadas ó martirizadas y los Ministros de Cristo perseguidos, tú fuiste el moderno Macabeo, que, encarándote con la Revolución, has clamado: «Todos cuantos tengan celo por la ley, que me sigan»; y reuniste innumerables legiones, de las que hiciste Reina á la Virgen de los Dolores, y con las que barriste del suelo español un Gobierno sacrílego y una república prostituída.

No, no temas, Carlos, porque escrito asimismo está en el libro de la Vida que, entre los Príncipes víctimas de la Revolución, tú has sido de los pocos que, á semejanza del Sumo Pontífice, has permanecido inconmovible en el puesto que te deparó la Providencia, así como fuiste el único de los Príncipes que asististe al Congreso antimasónico de Trento, despreciando las iras y sarcasmos de todos tus enemigos.

Si un vaso de agua ofrecido en nombre y por amor de Cristo no queda sin galardón en la Patria, ¿será factible á la humana fantasía barruntar siquiera la gloria y honor que el Padre de la Misericordia dispensará á aquellos que por su amor repudiaron por dos veces explícitamente y siempre implícitamente una corona, trocándola por la pérdida de bienes materiales y el amargo destierro de su Patria?

Baja, baja tranquilo al sepulcro, cadáver del Señor; baja, baja tranquilo al sepulcro, que tus súbditos é hijos te acompañamos con nuestros corazones, lo endulzamos con nuestras oraciones, lo regaremos con nuestras lágrimas y lo caldearemos al fuego de nuestro amor. Otros podrán reinar desde la *Gaceta*, mas en los corazones puros y desinteresados, que sólo éstos son los verdaderos genuinamente españoles, tú reinarás, y los que á tu inmaculada Bandera rindan tributo, porque sólo pueden amar é idolatrar á los que aman á Dios, á la Patria y á la Justicia y Derecho.

Último retrato de D. Carlos y doña Berta.

Baja, baja tranquilo al sepulcro, cadáver del Señor, que la Historia hará justicia á tu desinterés, á tu caballerosidad, á tu pureza de doctrina y rectitud de intención, sin que puedan hacer mella ante aquel Tribunal ni las afrentas de los envilecidos, ni la baba de los sectarios, ni las soeces calumnias de los embrutecidos.

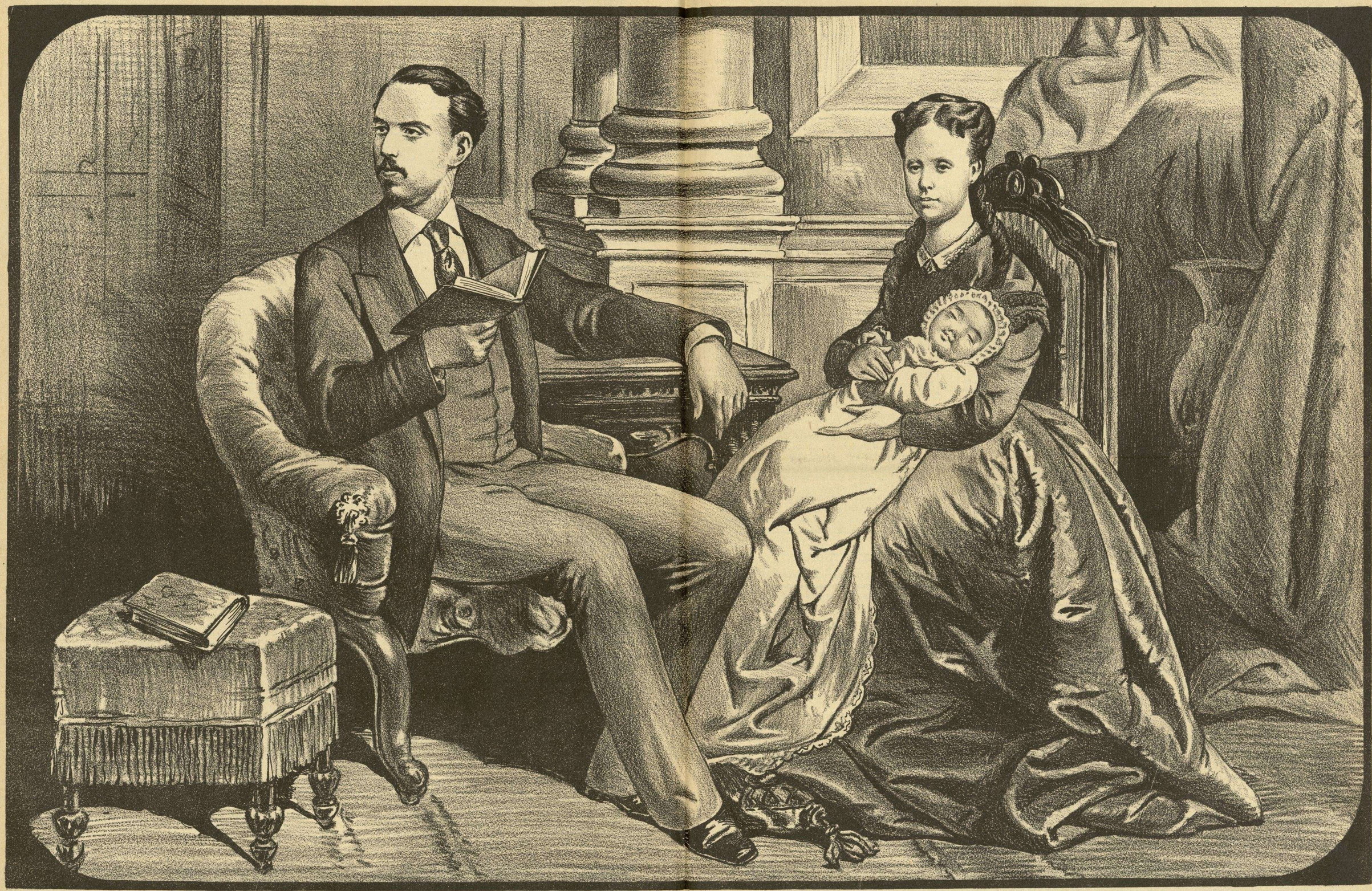
A ti, cual otro David, no te ha sido dado ver levantado el sagrado templo de la Unidad Católica y de las patrias tradiciones; pero, á semejanza del Profeta-Rey, has reunido los sillares necesarios, adoctrinado las inteligencias y caldeado los corazones, para que tu hijo y heredero, el Príncipe Don Jaime, el hoy nuestro augusto Caudillo D. Jaime de Borbón, lo levante sobre inconmovibles cimientos. Nos has deparado un Sucesor digno de la blanca bandera, que ha recogido, de los sacrificios por ella heroicamente sufridos por tus amados voluntarios y de las firmes esperanzas en él depositadas por tus tiernamente amados súbditos. Duerme, reposa tranquilo, R.. cristiano, que el que fué el primero de tus soldados á tu ejemplo luchará con tus enemigos, que son los suyos, apoyados entusiastamente por sus súbditos, que fueron los tuyos.

Y allá, en la Patria, en compañía de los Mártires y Confesores de nuestra Comunión, en favor de los que tu acendrada piedad instituyó en fiesta del 10 de Marzo, pide todo género de bendiciones por nuestro Don Jaime, por nuestra Patria aherrojada por los tiranuelos liberales, por nuestra sociedad y especialmente para aquellos que, llamándose católicos, van descarriados por las sendas del error y de la conculcación del derecho.

Porque has amado la justicia y aborrecido la iniquidad mueres en el destierro; pero por lo mismo tu alma habrá volado al cielo, único galardón apropiado para aquellos que, como tú, han despreciado las coronas efímeras de la tierra, porque en el modo y forma con que se te ofrecían constituían un obstáculo, tal vez insuperable, para que vieras ceñida tu real frente con aquella corona que los años no enmohecen: la corona de los justos.

DOCTOR VERITAS.

M.E.C.D. 2016



D. CARLOS, D.ª MARGARITA Y D. JAIME

(Retrato hecho cuando D. Jaime tenía 3 meses)

M.E.C.D. 2016

Fallecimiento de D. Carlos.

En Varese.

Después del segundo ataque de apoplegía que don Carlos sufrió el sábado, día 17, fueron ya inútiles todos los medios de la ciencia: D. Carlos había entrado en el período agónico.

Doña Berta, la condesa de Mon y el Sr. Zubizarreta animaban á D. Carlos; pero éste estaba seguro de que iba á morir y pronunciaba palabras de afecto á doña Berta, á D. Jaime y de amor á España. Luego pidió y obtuvo los auxilios de la Religión.

También asistían al moribundo D. Alfonso y doña María de las Nieves, que habían sido avisados de la gravedad del augusto enfermo. El negro que había traído de Egipto D. Carlos no quiso moverse nunca del lado de la cama del enfermo, dando muestras de un dolor profundo y rezando el Rosario noche y día. Tampoco se movían de allí D. Carlos Olazábal y D. Juan Barbano, capellán particular del Palacio Loredán, que confesó á D. Carlos y le rezó las últimas oraciones.

La escena era altamente tierna y enternecedora.

Doña Berta, con el corazón partido por el dolor, y D. Alfonso le tenían cogidas las manos y le decían palabras de consuelo. Don Carlos abría de cuando en cuando los ojos y hacía esfuerzos inauditos para expresarles su gratitud.

La vida de D. Carlos se extinguía. Aquella cabeza arrogante, mezcla de humildad y digna altivez, iba poniendo el color cadavérico; su boca se abría buscando aire, su frente se cubría con el sudor frío de la muerte, y aun sus manos apretaban, en débiles convulsiones, las manos de doña Berta y de D. Alfonso, como despidiéndose de ellos amorosamente.

A las 5'30 dejó de existir.

Doña Berta y D. Alfonso dejaron las manos del que ya era cadáver y cayeron de rodillas sollozando y orando por el alma del augusto difunto.

Inmediatamente se telegrafió á Roma, París, Viena, á todas partes, dando noticia del fallecimiento de don Carlos.

El hotel Excelsior cerró sus puertas en señal de luto y cubrió con crespones las ventanas.

A fin de dar tiempo para que llegasen las personas que debían asistir al sepelio se telegrafió á las autoridades para aplazar el acto hasta el sábado.

Entre los telegramas que á miles llegaban para don Jaime y doña Berta dándoles el pésame figuran los de los Reyes de Inglaterra, Grecia, Rusia, Austria y Rumanía y uno muy expresivo del Papa Pío X.

El cadáver fué vestido con el uniforme de capitán general que usó durante la guerra última.

El momento de encerrar el cuerpo de D. Carlos en el ataúd fué emocionante. Estaban presentes D. Alfonso, D. Jaime, D.ª María de las Nieves, la condesa de Mon, dama de compañía de D.ª Berta, el comendador Bizio, el abogado de D. Carlos, los Sres. Zubizarreta, Olazábal, Urquijo (D. Julio), condes de Forny, De Maillé, Cathelineau, Cardonnet, amigos de D. Jaime y un médico forense.

Minutos antes de esta ceremonia la viuda quiso permanecer sola unos instantes con el cadáver y salió de la capilla sollozando.

D. Alfonso y D. Jaime abrazaron y besaron el cadáver.

Después de la ceremonia religiosa en la iglesia de Casbeno, quedó expuesto al público sobre un catafalco el cadáver de D. Carlos, ante el cual desfiló numerosísimo público.

El ataúd fué sacado del templo y colocado en una carroza tirada por cuatro caballos.

La familia del finado, amigos y gran gentío seguían detrás del coche mortuorio, que se dirigió á la estación.

El público saludaba respetuosamente al paso de la comitiva.

El cadáver fué colocado en un vagón convertido en capilla ardiente.

La familia é íntimos acompañaron el cadáver hasta Trieste.

Antes de trasladar el cadáver á la iglesia de Casbeno, y cuando se disponía á bendecirlo el capellán de Loredán, entró en la capilla ardiente D.ª Berta, encontrando á D. Jaime arrodillado al pie del cadáver.

D. Jaime se levantó y tendió la mano á D.ª Berta.

Esta le abrazó, besándole y llorando.

Puede decirse que toda la población tomó parte en la manifestación de duelo.

Don Jaime mandó al Sr. Feliu el siguiente telegrama:

«Varese, 21.—Confirmo á ti y á todos los Delegados y Jefes los poderes dados por mi padre, pidiendo á todos sigan cumpliendo sus funciones con el mismo celo. Recibirás instrucciones mías.—*Jaime.*»

Llamados por D. Jaime, han ido á Trieste los señores Feliu y Marqués de Tamarit.

En representación del Delegado en España han ido los señores Alcocer, Saenz y Martínez. En representación de los carlistas catalanes los señores Martínez Vallejos, Junyent y Vives.

En Trieste.

El sábado, á la hora indicada, empezó el funeral.

El templo estaba severamente enlutado, produciendo un efecto conmovedor.

En el centro de la Catedral de San Justo se levantaba un monumental túmulo, en el que estaba colocada la caja mortuoria, que era riquísima.

Varios trofeos formados con espadas y otros atributos militares, artísticamente combinados con la bandera española, adornaban el túmulo.

Junto al mismo estaban colocados grandes blandones.

El altar mayor lucía espléndida iluminación.

La capilla de música cantó una gran misa polifónica, de grandioso efecto.

Presidía el duelo D. Jaime de Borbón, quien tenía asiento en el presbiterio en un magnífico sillón. A la derecha de D. Jaime estaba D. Alfonso, ocupando otro sillón.

El duelo de señoras lo presidían las hijas del augusto finado, doña Blanca y doña Beatriz, y doña María de las Nieves, hermana política de Don Carlos.

Detrás estaban los señores Marqués de Vessolla, Olazábal, Albalat y Zubizarreta, gentiles hombres del señor Duque de Madrid.

Dieron guardia de honor al cadáver durante el funeral los comisionados españoles señores Arana, Ampuero, Leguizamon, Lezameta, Acebal, Iturrino, Martínez Vallejo, Vives, Junyent, Alcocer, Saenz, Muñiz, Martínez y Díez de la Cortina.

Terminado el funeral, los indicados comisionados españoles llevaron en hombros el ataúd hasta el panteón en que descansan los restos mortales de los Borbones proscriptos.

El acto fué imponente. Don Jaime y las infantas se arrodillaron, llorando ante el féretro.

La escena fué profundamente conmovedora, asociándose al dolor de la egregia familia los concurrentes, quienes igualmente derramaron abundantes lágrimas.

Entre los asistentes al acto figuraban también el general Moore y el conde de Coma.

El clero cantó unos solemnes responsos y el ataúd fué depositado en el soberbio panteón.

La iglesia estaba llenísima.

Los guardias en la calle prestaban servicio de gran gala.

Asistieron los elementos oficiales y muchísimas representaciones de entidades religiosas, políticas, literarias, económicas, científicas, aristocráticas, etc.

Terminado el sepelio, la augusta Familia recibió en el Hotel de Ville á los comisionados españoles.

El señor Olazábal pronunció un breve discurso presentando en sentidas frases el testimonio de adhesión de los españoles y jurando fidelidad á don Jaime como legítimo heredero de los derechos tradicionales de su augusto Padre.

Don Jaime le contestó en un discurso muy elocuente agradeciendo el testimonio y juramento de fidelidad que en nombre de los españoles le había dedicado el señor Olazábal.

Añadió que él seguirá firme y constantemente las huellas que le ha dejado su Padre y que el único anhelo que tiene es el de ser útil á la Religión y salvar á España, haciendo que nuestra nación, inspirándose en sus antiguas y gloriosas tradiciones, vuelva á ser próspera y feliz como lo fué en sus mejores tiempos.

Recomendó la disciplina y la obediencia á los jefes, cuya autoridad confirmó recientemente.

Las palabras de don Jaime produjeron grandísima emoción entre los concurrentes.

Don Jaime conversó después afablemente con los comisionados, encargando al señor Saenz que, como secretario de la Delegación española, levantase acta de la reunión, haciéndolo así dicho diputado, después de haber firmado el documento todos los concurrentes.

Conferenció después separadamente don Jaime con los representantes de Cataluña, dedicando frases de elogio á nuestra región y encareciendo que continuase siendo Cataluña la propulsora del movimiento tradicionalista por su actividad, conforme lo demuestran los grandiosos actos de propaganda que ha efectuado.

El señor Mella, que no pudo asistir al entierro por encontrarse en Venecia, á donde fué para presentar sus respetos á doña María Berta, fué recibido por la tarde, á las seis, en audiencia particular por Don Jaime.

Esta entrevista tiene grandísima importancia y mantuvo en espectación profunda á los reunidos en Trieste.

El Señor abrazó á Mella y permaneció largo rato en silencio con la cabeza apoyada sobre el hombro del verbo ilustre de la Causa de la Tradición.

Los ojos de Don Jaime estaban enrojecidos por las lágrimas.

Mella le dijo:

— ¡Sed fuerte, Señor, ya que sois la esperanza de todo un pueblo!

En Barcelona.

La Comunión general que en sufragio del alma de Don Carlos se celebró el domingo último en la iglesia de Belén fué concurridísima.

Jamás habíamos visto acto tan solemne.

Centenares de hombres y señoras se acercaron á la sagrada Mesa, dando pruebas de la religiosidad de nuestra Comunión y del dolor que la muerte de Don Carlos ha producido en los corazones carlistas.

Nos abstenemos de citar las personalidades que asistieron. Con decir que estaban todas está dicho todo.

En el próximo número daremos cuenta de los solemnes funerales que se celebrarán en la iglesia del Pino.

Testamento de Don Carlos.

En el próximo número publicaremos este importante documento y daremos cuenta de otros asuntos de gran interés.

El conflicto de Marruecos

Las noticias que se han recibido estos últimos días de Marruecos acusan importantísima gravedad.

Los moros se baten desesperadamente y han causado gran número de bajas en nuestras filas. La sangre española riega las tierras del Riff y Dios quiera que no se derrame inútilmente.

No somos nosotros de los que protestamos, creando un ambiente por demás perjudicial á nuestro honor y á nuestros intereses. Comprendemos, sí, la desconfianza del pueblo hacia los Gobiernos que con sus desaciertos han colocado á España en la triste situación en que se encuentra.

Dios ponga acierto en los que dirigen la cosa pública y bendiga á los que luchan por la patria.

Teatro Moral

COLECCIÓN de obras escénicas propia para ser representadas en Colegios, Seminarios, Centros y Patronatos de obreros católicos, etc., etcétera.

OBRAS PUBLICADAS

El médico á palos.—Comedia de gracioso en tres actos y en prosa, arreglada *para niños ó jóvenes.*

Carta á la Virgen.—Comedia en un acto y en verso, *para niños.*

Derecho de Asilo.—Drama en un acto y en verso *para niños ó jóvenes.* (Primer premio del certamen abierto por esta Galería.)

La hija del mar.—Comedia en un acto y en prosa, *para niñas.* (Segundo premio del concurso.)

Carta á la Virgen.—Comedia en un acto y en verso, *para niñas.*

Los tres estudiantes.—Paso de comedia, muy gracioso, en un acto y en prosa, *para niños ó jóvenes.*

Sor Angela.—Drama en un acto y en verso, *para niñas.*

Estas obras se hallan de venta en esta administración

Precio de cada ejemplar: Una peseta.

Se remite á provincias á los que abonen el importe del pedido y *25 céntimos* para el certificado.

M.E.C.D. 2016

ENEAS

Murió en Madrid, como vieron en el pasado número nuestros lectores, este querido amigo nuestro, luchador bravísimo del ejército tradicionalista. Y pues nos unía con él, además de la amistad y el Programa, nuestro temperamento, hablemos de él un poco largo, saliendo del elogio indeterminado é hiperbólico y bajando á la labor concreta y especificada del gran sembrador carlista.

Y pues, en honra de él, decimos que no queremos alabarle con elogios de cajón, que para todo el mundo sirven, sino concretando su obra total, para que nazca de ella *su elogio*, propio é inconfundible, séanos lícito también declarar que queremos alejar de nuestra pluma todo pesimismo lastimoso. Los hombres mueren cuando deben morirse, según designio de la Providencia. Al bajar á la tumba un héroe cual *Eneas*, los amigos hacen alto en su camino; analizan amorosamente la labor de su vida; refrescan en su memoria las hazañas del héroe muerto; y, recitando oraciones fervientes por el alma del finado, se entona un himno de gloria á su labor, la cual debe ser el guía, la luz y el camino de los soldados...

Y este elogio y análisis de la obra, y este himno fuerte al muerto, y esta imitación y continuación de su labor es el mejor recuerdo que puede dedicársele y el mejor bien que puede hacerse á la agrupación de la cual el muerto fué jefe experimentado, de la cual nosotros somos humildes y sumisos soldados.

Sea así nuestro elogio; un elogio de hombres fuertes á un hombre fuerte desaparecido en persona, persistente aún en las obras y en el corazón...

***

Eneas era un desconocido. A fuerza de puños, luchando cuerpo á cuerpo, iluminando de súbito tinieblas espesísimas, así tuvo que abrirse camino. Su brazo y su cerebro y su corazón fueron sus pedestales. El fué columna de sí mismo.

Así, de joven, comenzó á luchar en humildes semanarios. En su círculo de acción era ya *Eneas* admiradísimo. Pero eran unos círculos de acción demasiado pequeños los de los periódicos en que colaboraba. Así, aquella alma gigante hallábase comprimida en un círculo estrecho y su voz colosal quedaba ahogada entre los límites de la comarca de Molina, después en el reducido círculo de un semanario religioso aragonés.

No era allí su centro. Aquella ley biológica tan sabida de que los animales no se desarrollan sino en su medio especialísimo, así muchos hombres quedan ahogados por el peso de las circunstancias y su talento y su acción no pueden desarrollarse sino en un medio adecuado.

Pero *Eneas* no fué pasado de alto por Llauder, el ilustre carlista catalán, periodista por esencia, y que, por lo mismo, sabía descubrir dónde vegetaba algún temperamento periodístico. Llauder, al fundar *El Correo Español*, después de la defección de *El Siglo Futuro*, se fijó en *Eneas*. Y en un partido donde antes habían brillado una pléyades de tan colosales periodistas como Aparisi, Villoslada, Tejado y otros cien; donde en 1888 había—por contraste—una escasez notable de periodistas, Llauder se fijó en *Eneas* y le sacó de las áridas llanuras de Guadalajara y le dió alas para volar alto y públicamente, con un diario de gran circulación y, ademas, órgano de un gran partido.

El prisionero estaba libre. De los cuatro ángulos de España iban á oir su voz. Y su voz sonó, y su voz fué oída, en diversidad de asuntos.

***

Fué oída, primero, en la cuestión religiosa. Ahí fué su punto de mira más querido. Ahí libró sus más sangrientas batallas. Sangrientas, sí.

Conocido es cómo estaba planteada la cuestión religiosa en el partido carlista cuando la separación del batallador Nocedal. Por un lado, una oposición más ó menos pasiva al alto clero y una cierta prevención á Roma, que la Comunión Tradicionalista no podía tolerar. Los Obispos, pastores de Israel, habían de ser oídos por los carlistas. El partido tradicional, eminentemente jerárquico y hondamente católico, debía poner en la jerarquía católica un respeto y un amor y un secundamiento leales y cristianos. Pero, por otra parte, políticos sin entrañas pretendían llevarnos, por reacción contraria, á una incondicional sumisión política á los pastores religiosos, á un reconocimiento sin segunda intención de las instituciones liberales. Entre estos dos escollos se hallaba el nuevo diario. Y ambos, como el Scila y el Caribdis clásicos, amenazaban tragarse todo un partido, pues matarle hubiera sido arrancar de él su tradición de religiosa obediencia al Papa ó su tradición de irreductible enemigo de dinastías liberalizantes y liberalizadas...

Y *Eneas* salvó este escollo. ¡Y de qué manera más brillante!

Ahí están, frescos en la mente de todos, sus artículos, largos y abundantes, *De re cathólica*. Ahí están aquellas sesudas disquisiciones sobre teologías políticas, que tanto cuadraban al gusto de las masas tradicionalistas, para las cuales un artículo de *Eneas* sobre cosas católicas era manjar de dioses. Ahí están sendas campañas, llenas de astucia, contra el maurismo católico, llenas de amor en pro de los frailes y de los párrocos, llenas de dignidad contra las pretensiones políttcas de algún miembro aislado del Clero, llenas de respeto hacia los Obispos y el Papa.

D. Benigno Bolaños.

Y la Prensa carlista volvía á copiar estos maravillosos trabajos, y los tradicionalistas lloraban de gozo y admiración al saborear las filigranas de aquel escritor con que Dios providente les había regalado, como enviaba, en los lejanos días de Israel, un capitán escogido y vencedor contra los filisteos y jebuceos...

***

Distinguíase, en segundo lugar, por sus artículos regionalistas en pro del sano autonomismo, en defensa de Cataluña y las Vascongadas.

¿Quién no recordará, también, aquellas series de artículos, cuando los espíritus andaban alborotados y, aun ante los ojos de los mejores, una Prensa embustera había tendido una espesa capa de recelos, que tanto mal ha hecho, desde el Madrid corrompido?

Lo recordamos con júbilo inmenso, nosotros sobre todo, los catalanes. Lo recordamos con agradecimiento infinito hacia el que fué nuestro ilustre amigo.

Eran días negros como boca de lobo. Eran días aciagos para España toda, y para Cataluña más aún, quedando el comerciante sin pedidos, el pobre sin trabajo, las colonias perdidas, los mercados desaparecidos. Eran días de duelo en el alma, de luto en el corazón, de odio en los labios contra politicastros infames, de hambre sorda y mala consejera. Eran días trágicos, en que las horas sonaban lúgubres y las gentes se miraban de reojo y amenazaba la miseria. Eran días de agonía desesperada...

Cataluña hizo un esfuerzo desesperado. Se alzó en medio de su propio abatimiento y, en resolución heroica, acordó cerrar sus cajas al fisco, no pagar un céntimo al Gobierno, dejándose encerrar en los calabozos los primeros contribuyentes. Era una medida extrema para acabar con regímenes criminales y con políticos dilapidadores, por no decir otra cosa. Y acordó pedir autonomía. Ya que no sabían gobernarla desde el centro, Cataluña quería gobernarse á sí misma, bajo aquel ideal hermoso del programa tradicionalista...

Y acordó, más tarde, barrer á todo cacique, y de 68 diputados y senadores sacó 66 contra el Gobierno, unidos en Solidaridad estrecha. Y acordó exigir un Programa mínimo, ratificándolo—el día solemnísimo del Homenaje—180.000 manifestantes que desfilaron ante los diputados y senadores amigos de Cataluña, entre ellos vascongados, andaluces y castellanos...

Y este rasgo de energía, y este resurgimiento del alma catalana, y este derrotar á los caciques, y este hondo sonar de guerra, que debían hacer bailar de gozo á la Prensa liberalesca, la hizo rabiar de lo lindo. Y se forjó una leyenda estulta de separatismo infame; y la leyenda dió la vuelta á España y ¡oh dolor! muchos corazones puros la creyeron...

Fué entonces cuando *Eneas* rompió lanzas por Cataluña. Fué entonces cuando mojó su pluma de oro en la tradición española y cantó himno tras himno al despertar hermoso de Cataluña.

Así, él más que nadie contribuyó á hacer desaparecer la leyenda infame de los rotativos madrileños. El, más que nadie fué el castellano leal y valiente, amigo de los catalanes.

Por esto aquí, en Cataluña, tenía un ejército numeroso que le idolatraba. Y por esto irradia ahora por mi pluma una infinita satisfacción por poder hacer un pequeño elogio del muerto ilustre, defensor de Cataluña, al cual recordaremos siempre con gratitud.

***

Y pues con sus artículos religiosos y sus campañas por el Regionalismo honraba por manera tan brillante al *Dios* y la *Patria* de sus amores, que son los nuestros, ¿quién no recordará sus pintorescos y fogosos artículos por el *Rey* carlista?

Así como en sus artículos religiosos flotaba una inteligencia genial, clarísima, que desentrañaba en un instante cualquier sofisma, y en sus artículos regionalistas era de ver la valentía de su pluma y la energía de su voluntad, en sus trabajos por el Rey y la Monarquía brillaba un corazón de oro, saliendo los afectos á raudales, los amores personales y dinásticos animándolo todo con aquel sentimiento tiernísimo que tan gallardamente cuadraba á su pluma privilegiada.

Quizás esto era lo menos difícil de su labor continua; pero era, sin duda, lo más personal suyo. Nadie—que nosotros hayamos leído—había escrito ni escribe con aquel fluir tan suave y amoroso de la pluma en hablando de la familia carlista, del jefe carlista, de los amores carlistas. Nadie—ni aun Aparisi—había escrito tan conmovedoras cosas en ocasiones como el *Día de Rey*, el *Santo del Monarca* ó el *10 de Marzo*. Nadie, de los que nosotros hemos conocido, había empuñado tan hábilmente el cetro de oro de un verdadero apóstol-periodista, intercalando entre razón y razón una cadena de amor y de afectos. *Eneas* debía haber muerto (perdónesenos la frase) después de Don Carlos. ¡Cuántas lágrimas hubiera arrancado su pluma de los corazones carlistas! ¡Cuántas flores de amor y veneración hubiera depositado *Eneas* sobre el cadáver augusto!

La pluma experta de *Eneas*, llena de valentía y sinceridad, sabía amar hondamente sin adular; *Eneas* sabía ser buen vasallo sin abdicar sus derechos de ciudadado libre, como un perfecto adalid de la vieja monarquía española.

***

Y si le sacamos del marco carlista y le ponemos en el campo abstracto del periodismo, ¿qué podríamos decir de él? Sólo podemos decir; porque el espacio nos falta, que era, sin duda, *el primer periodista español*.

Nunca adulamos á nadie. Y después de decir esto, repetiremos que si no era el primer sabio—que no lo era—, era, sí, el *primer periodista de España*.

Cuantos leen LA BANDERA REGIONAL saben cómo concebimos nosotros al periodista. En *Eneas* teníamos al periodista-tipo; y tentados estamos para cambiar la frase subrayada más arriba y ponerla—nosotros, que leemos tantas clases de Prensa—en estas palabras: *ha muerto en Eneas el único periodista español*.

Sea este su más alto elogio.

JUAN M.ª ROMA.

"La Bandera Regional"

SEMANARIO TRADICIONALISTA

Un año. . . . . 6 pesetas. Cada número . . . . . 10 Cts.

Administración: Aragón, 252.--Barcelona.

Don Jaime de Borbón

Magnífico fotocromo á nueve colores, de gran tamaño.

Se pondrá á la venta dentro de pocos días, á 1,50 pesetas ejemplar.

M.E.C.D. 2016

DON CARLOS DE BORBÓN

(Retrato hecho en Guernica en 1875)

M.E.C.D. 2016